

“SIMBÓLICO RETORNO”, por *Delia Domínguez*.

La poetisa tiene justamente 25 años y ha nacido y vivido en las riberas del Rahue; desciende por la vía materna, de los antiguos amos de esas regiones. Además, Delia Domínguez ha estudiado Derecho en la capital y practica la música folklórica y el canto. Pero de todas sus actividades y andanzas, hay un sentimiento que predomina sobre los otros y otorga a su persona y a su poesía una impresión agreste, en que la fuerza se impone sobre las mezquindades y limitaciones de la forma. Basta coger cualquiera de sus poemas para darse cuenta de que la poetisa está accionada por el ímpetu, por la añoranza de su terruño siempre húmedo y verde, por una infancia y una juventud bajo cielos de tal densidad que basta una brisa del norte, para desencadenar el tenaz aguacero. La influencia de la región en un país tan largo y angosto como el nuestro, que abarca desde zonas calcinadas y salitrosas, en el norte, hasta los neblinosos parajes australes, no es un fenómeno nuevo en la literatura y en el arte. En Temuco ha nacido una generación de poetas importantes; desde el Maule brotaron vernáculos novelistas. La concepción filosófica de Hipólito Taine, en lo que concierne a la influencia del ambiente sobre la creación artística, se cumple en Chile con maravillosa exactitud.

En Delia Domínguez no hay huella de sus ancestros españoles y tudescos, no aparece tampoco el estudio sistematizado del Derecho, ni influencias de su estada en la capital. Surge, en cambio, un hálito vigoroso propio de un temperamento lírico ceñido a la tierra, deslumbrado aún por los misterios de la naturaleza, vitalizado por la barbarie indispensable, rebelde a contenerse y disciplinarse en cánones retóricos. No nos atreveríamos a recomendar, sin embargo, a la poetisa, la fidelidad a esta conducta primaria. Un mayor cultivo de su oficio, simplificará la forma, le restará arranques discursivos, fugas temperamentales, pero pondrá en riesgo la diafanidad de su lirismo.

Su primer libro señala a Delia Domínguez como una vigorosa poetisa y si es verdad que la poesía implica un severo pragmatismo,

pensamos que los años depurarán su casi límpido cristal. Por ahora valga esta cita sugerente:

*Silenciosa pienso en la necesidad violenta de tenerte,  
de quemar con ceniza silvestre tus labios verdugos de mis labios,  
de traerte a mis bosques australes y vestirte de arrayanes y juncos  
para que pruebes el vino de otro crepúsculo  
y embriagues tus sentidos en el sortilegio esmeralda de los lagos  
[silentes.*

“CRÓNICA DE UN SOLDADO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO”, por *Hipólito Gutiérrez*. Editorial del Pacífico.

Un prólogo de don Fernando Castillo I., nos anticipa el sabor popular de este curioso libro; pero es probable que el entusiasmo del prologuista se sobrepase, a lo menos cuando estampa esta afirmación: “Parece difícil encontrar un lenguaje que pueda expresar en forma más directa la realidad de la escena descrita. Eso también es literatura. Nuestros “criollistas” podrían gastar años antes de lograr escribir nada semejante”. Sin ánimo de hacer defensa del criollismo que, por lo demás, no la necesita, insistimos en el excesivo entusiasmo del señor Castillo. Los escritores criollistas, sean del campo o de la ciudad, han buscado, hasta el virtuosismo, la transcripción del lenguaje popular a la página impresa y algunos, los mejor dotados o con mayor experiencia, afinaron el oído a tal punto, que convirtieron la envergadura de la obra en simple lenguaje. Pero hay verdaderos maestros del asunto. Lea quien lo dude *Afuerinos* de Luis Durand o la literatura costina de Mariano Latorre.

El libro que comentamos del soldado Hipólito Gutiérrez pertenece a la categoría de los documentos y por extraña paradoja —como lo afirmó el crítico Eleazar Huerta— este tipo de obras interesa a los filólogos y eruditos, a quienes están más distantes de la ignorancia del pueblo. Pero ha llegado hasta nuestros ojos un texto que corresponde al habla de un hombre, provisto de memoria extraordinaria y